

Estar en salida

Patrizio Sinigaglia, s.d.b.

Actualmente nuestra familia está compuesta por seis personas, ya que tenemos un hijo más, Sekou, un niño originario de Djenne, Malí, que llegó a Italia en diciembre de 2014. Comparte habitación con uno de nuestros hijos desde comienzos de 2017. ¿Cómo se ha llegado a esto? Vayamos por orden, dando un paso hacia atrás.

NUESTRA familia se constituyó con el valor de estar abierta a los demás. Hemos tratado de enseñar a nuestros hijos, desde pequeños, a compartir, pero sucedió en julio de 2013, cuando, con toda la familia, fuimos a una misión de la diócesis de Florencia, en Salvador de Bahía, Brasil, precisamente en la favela de Massaranduba.

Al regresar a Florencia, todos teníamos el deseo de marcharnos otra vez, pero... cuando abres el corazón y le das al Señor tu disponibilidad, Él te toma la palabra, y, como decimos nosotros, “la misión que buscábamos lejos vino a vernos”.

La apertura hacia lo social, que habíamos respirado con la Economía de Comunión durante años, nos había hecho entrar en contacto con los servicios sociales de los ayuntamientos, que han contado con nuestra disponibilidad para acoger a personas bajo su tutela. Así contactó con nosotros la

Prefectura, que nos preguntó si estábamos dispuestos a acoger a inmigrantes. Ofreciendo alojamiento y desayuno, hemos destinado para ello un tercio de nuestros ingresos, optando por asegurarnos de este modo solo en cubrir gastos para pagar los recibos de agua, luz, gas, impuestos y basura. (Especificamos que el porcentaje de ocupación de nuestras habitaciones antes de la acogida era del 93%, y que, por tanto, no necesitábamos nuevos clientes).

Lo hablamos con nuestros hijos, tomamos esta decisión y nos lanzamos a la aventura.

Así comenzamos a acoger grupitos de peticionarios de asilo, de acuerdo con total respeto de las normativas que al respecto rigen en Toscana. La nuestra no quiere ser una simple “acogida”, sino una plena “integración”, como la describe Giorgio La Pira:

«Todo hombre posee algún elemento espiritual que sirve para integrar la personali-

dad de todos los demás. Cada uno es deudor de todos y todos son deudores de cada uno. Existe, pues, una relación intrínseca de cada uno con todos, como en una sinfonía una nota está en relación con todas las demás. Esta es la ley de la integración, que genera y preside la sociedad humana (1939)».

Y para hacer esto, no nos limitamos a proporcionar lo que nos piden las condiciones de compromiso, sino que vamos más allá. Por ejemplo, pensamos que una de las primeras necesidades para integrarse era la escuela, y pedimos al párroco, que permitió el uso de algunas salas parroquiales, en las cuales nueve maestras voluntarias impartían lecciones de italiano dos veces por semana en coordinación con el Centro Internacional de Estudiantes “Giorgio La Pira” de Florencia.

A los que han alcanzado un nivel suficiente de conocimiento del italiano los hemos inscrito en los cursos para afrontar los exámenes de tercero de enseñanza media, que el año pasado aprobaron con buenas notas. Posteriormente, algunos hicieron los cursos para adultos del bienio superior, recién terminado con el paso al año siguiente.

A un joven se le ha inscrito para obtener el carné B de conducción. Luego están las actividades deportivas. El párroco nos ha permitido utilizar el campo de fútbol de su parroquia, y casi todas las tardes hay un partido de fútbol en el que también participan chicos italianos. Algunos, naturalmente, prefieren otros deportes, en los que se han iniciado, como, por ejemplo, el boxeo en el gimnasio. Hemos contribuido personalmente a los gastos ocasionados por los reconocimientos médicos deportivos. Algunos muchachos ya han participado con éxito en algunas manifestaciones, entre ellos, Djallo, que, a comienzos de mayo de 2017, consiguió el título de campeón toscano de pesos ligeros.

Para la cultura y la diversión, a menudo vamos a visitar museos florentinos, y pasamos los domingos juntos yendo de paseo, al mar en verano, o visitando otras ciudades, durante uno o dos días, hospedados por las comunidades locales de Fano, Manfredonia y Pisa.

Hay algunos retos que superar: uno es encontrar actividades laborales, y así la mayor parte de los muchachos se han ofrecido para desarrollar actividades de voluntariado en las asociaciones locales socio-culturales y sanitarias. Y, con satisfacción, algunos han encontrado un trabajo retribuido, como aprendices; dos en talleres y cuatro en peleterías. Pero integración no es solo esto: hemos recibido las visitas de algunos escolares, de grupos de scout, de grupos parroquiales.

Es muy bonito porque en estas ocasiones la bienvenida la hacen nuestros amigos huéspedes, que enseñan las habitaciones e invitan a comer algo. Una verdadera Casa. Porque el objetivo es hacer que las personas víctimas de la desesperación de un viaje, del que la travesía ha sido solo el epílogo, se sientan en una verdadera familia en la que todos somos iguales.

Un episodio. Un día acogíamos a siete personas nuevas con nuestra furgoneta de nueve plazas. Comenzamos a dialogar en francés, y ellos me decían: “Nosotros somos siete”. Yo les respondí: “No, nosotros somos nueve”. Y así hemos sido como abuelos para dos bebés nacidos de parejas que pasaron por nuestra casa. En el momento del nacimiento, aunque ya no estaban en nuestras dependencias, nos llamaron para anunciarnos la grata noticia y nos pidieron ser padrino y madrina.

Integración también es comprender qué puede haber de común en las diversas religiones. Dialogamos sobre la “regla de oro”: haz al otro lo que querrías que te hicieran a

ti; regla presente, con diversas formulaciones, en toda religión y cultura.

Organizamos cenas abiertas a la ciudadanía, como la fiesta del final del Ramadán, antes de la cual los fieles de las distintas religiones, por turno, escuchándose, han recitado su propia oración, descubriendo así, en la traducción, que la oración musulmana es una acción de gracias a Alá por la comida que encontrarán en la mesa, y termina con Amén, muy semejante al padrenuestro.

La comunidad organizó también la fiesta de fin de año en el Centro Mariápolis de Scandicci, con la plantación del olivo de la Paz. Durante los festejos, un muchacho de Malí tomó el micrófono y pidió un minuto de silencio por los compañeros que no consiguieron llegar a Europa. Un momento álgido, vivido con un hermoso grupo gen. Y luego muchos otros pequeños y grandes momentos que nos reportan mucho en términos de amistad verdadera, solidaridad y sobriedad. Cuando, al finalizar el día, volvemos después de cenar a estar con ellos, siempre desean que nos acomodemos, nos ofrecen una fruta, un vaso de agua y charlamos juntos. Luego volvemos a casa con el saludo infalible: "Adiós, papá; adiós, mamá".

Esto compensa algunos momentos desagradables, al ver que no a todos gusta lo que hacemos. Por otra parte, en casa estamos viendo una experiencia extraordinaria.

Sekou obtuvo, a finales de 2016, la protección internacional, por lo que tendría que pasar a un proyecto SPRAR en otra región. Se disgustó mucho, como nosotros, y le propusimos que se quedara, saliendo del proyecto y perdiendo así la subvención económica. Entonces llamó a sus padres en África para pedirles su parecer, diciéndoles que se encontraba bien con nosotros. Por el tono, se comprendía que era un diálogo lleno de esperanza y de confianza recípro-

ca. Nos pasó a su madre. No entendimos nada, pero sí el espíritu. Todos estábamos contentos. Y así firmó con la Prefectura para salir del proyecto de acogida. Y nuestros hijos confirmaron con energía su deseo de tener otro hermano. Entre Lorenzo, Leonardo, Francesca y Sekou se instauró una relación espiritual auténtica, de compartir y de ayuda mutua.

Sekou Tanapo, un africano fiorentino. Hace poco que empezó el Ramadán. Así Sekou solo puede comer y beber a las nueve de la noche, comenzando con los dátiles, y le esperamos y nos comemos los dátiles con él.

Para terminar, he aquí la poesía que Sekou nos ha dedicado:

«Dos ojos, una historia. Esta noche no he dormido. Luego me levanté temprano.

Saludo primeramente a mi madre y luego a mi padre. / No nos volveremos a ver, probablemente. / Diez segundos como mil años. Luego, a partir. / Meses de viaje, humillaciones, violencias, privaciones, miedos. / Mucho miedo. Mar embravecido. / No, yo no subo. / Un compañero mío asesinado. / Escojo un barco. Somos muchos juntos, sin nada, solo recuerdos, sin ninguna esperanza. / Luego un autobús. / Llegamos. ¿Dónde estamos? Florencia. ¿Dónde? / Dos ojos amigos me preguntan cómo me llamo. / Un poco de calor. ¿Acabó el infierno? / Quizá sí, me parece que sí.

Ahora duermo. Agotado, duermo. / Y luego querré aprender esta dulce lengua, ciertamente. / Han pasado algunos meses, y ahora tengo dos familias. / El italiano lo entiendo bastante. Y también lo hablo. / Hablo porque tengo ganas de hablar, de agradecer mi sueño y ser un verdadero italiano, desde el corazón de África. / Volveré a África, y me traeré a papá y a mamá. / Inshallah. Si Dios lo quiere. / Sekou Tanapo, un africano fiorentino».